



## Estudios de lenguaje y género: sociolingüística y discriminación sexual

*Juan Manuel HERNÁNDEZ CAMPOY*

*Departamento de Filología Inglesa*

*Facultad de Letras*

*Campus de La Merced*

*Universidad de Murcia*

*30071 Murcia*

*E-mail: jmcampoy@um.es*

### INTRODUCCIÓN

Si bien no es nuevo, el estudio de las relaciones entre el *lenguaje* y el *sexo* ha sido una de las áreas de investigación sociolingüística más importantes y más publicadas durante los últimos treinta años aproximadamente. En el mundo anglosajón, pionero en estos estudios, destacan trabajos como Trudgill (1972), Lakoff, (1973), Thorne y Henley (1975), Dubois y Crough (1979), McConnell-Ginet, broker y Furman (1980), Vetterling-Braggin (1981), Cameron (1985, 1995), Coates (1986, 1996, 1997), Preisler (1986), Coates y Cameron (1988), Smith (1985), Philips, Steele y Tanz (1987), Graddol y Swann (1989), Swann (1992), Tannen (1993), Johnson y Meinhof (1997), Pauwels (1998), Hellinger y Bußmann (2003), entre otros, los cuales han sido referentes durante las últimas décadas. Equivalentes en España han sido los de García Mouton (1991, 2003), López García y Morant (1991), García Meseguer (1994), Lozano Domingo (1995), López Valero y Madrid Izquierdo (1998),

Bengoechea y Calero Vaquera (2003) o Calero Vaquera, Lliteras Poncel y Sastre Ruano (2003), entre otros. Pero, como cualquier otro estudio relacionado con el cambio social, esta área sociolingüística de investigación también ha estado sujeta a controversias precisamente como consecuencia de las inherentes susceptibilidades de sus contenidos tan provocativos:

... gran parte del aumento del interés por el tema se ha relacionado con el nacimiento del movimiento feminista contemporáneo, y con un correspondiente desarrollo de la concienciación por fenómenos tales como el sexismo y los estereotipos del papel a desempeñar según el sexo. El estudio del lenguaje y el sexo se ha centrado en una serie de problemas diferentes, incluyendo el sexismo en la lengua, también las diferencias de uso de ésta y las estrategias conversacionales del hombre y la mujer, además de las diferencias dialectales y acentuales de tipo eminentemente cuantitativo.

*Peter Trudgill (1985d: ix)*

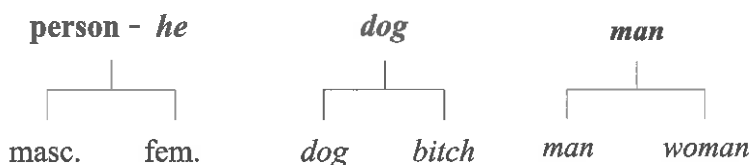
Se incurre en sexismo lingüístico, según García Meseguer (1994: 24), cuando se emplean vocablos (sexismo léxico) o se construyen oraciones (sexismo sintáctico) que, debido a la forma de expresión escogida por el hablante, resultan discriminatorias por razón de sexo. Si bien aquí se ofrecen algunas interpretaciones de resultados obtenidos en determinados estudios sociolingüísticos de tipo laboviano, esta conferencia no se ocupa meramente del sexo como un parámetro social independiente, además del estatus social, la edad, la etnia, el estilo, etc., en la correlación de variables sociolingüísticas, lo cual sería lingüístico en su propósito. Más bien el tratamiento dado al *sexo* en este trabajo tiene una dimensión diferente, tanto social como lingüística: la forma en que el lenguaje refleja y ayuda a mantener las actitudes sociales ante el hombre y la mujer. En las páginas siguientes vamos a ocuparnos, por tanto, de las relaciones existentes entre el *sexo*, la *estructura lingüística*, el *vocabulario*, el *uso de la lengua*, y el *dialecto* y el *acento*<sup>1</sup> a través de la lengua fundamentalmente escrita.

---

1 La estructura del presente trabajo, además de algunos de los contenidos, sobre *Lenguaje y Sexo* está basada en parte del Curso 1990/91 de *Sociolingüística* de Peter Trudgill en la Universidad de Essex.

## I. SEXO Y ESTRUCTURA LINGÜÍSTICA

La lengua, tal y como apunta García Meseguer (1994: 23) «es un fiel reflejo de las ideas, usos y costumbres de generaciones anteriores». Es por ello que, en la esfera de las relaciones entre mujeres y hombres, la lengua refleja la desigualdad tradicional, generada por la cultura patriarcal, con que la sociedad viene tratando a las unas y a los otros. Si atendemos a los sistemas pronominales, por ejemplo, en español, al igual que en numerosas lenguas europeas, no se distingue género en los pronombres de primera (*yo, I*) y segunda persona (*tú, you*); sin embargo en la tercera persona del singular del sistema pronominal, sí se distingue género: *él, he* para persona masculina, *ella, she* para persona femenina, y *ello, it* para objetos y para animales, dependiendo del tipo de relación con el animal (*it, he* ó *she*); esta fuerte distinción de género en la tercera persona del sistema pronominal obviamente se debe al hecho de que, mientras que en la primera y segunda persona del singular es evidente que percibimos el género de la persona con la cual hablamos, cuando lo hacemos acerca de alguien que no está presente en la conversación es necesario categorizarlo a él o a ella, *he* ó *she* y *him* ó *her*, en términos de género. Igualmente, lenguas europeas como el español, francés, italiano, alemán, etc., tienen género gramatical marcado en distintas categorías (normalmente sustantivos y adjetivos): en francés y en español, por ejemplo, todos los sustantivos deben ser masculinos o femeninos, y en alemán deben ser masculinos, femeninos o neutros. Pero la distinción masculino/femenino de estas lenguas se neutraliza en favor del primero cuando se utiliza en sentido genérico:



Este fenómeno del androcentrismo, u óptica generalizada del varón, se encuentra en oraciones tan conocidas como:

*Dios creó al hombre (¿y a la mujer?)*

*Mankind (¿qué tal womankind?)*

*El perro es el mejor amigo del hombre*

*El hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra  
¿qué tal? El hombre es el único animal que menstrúa (¿?)*

*En la época de celo los animales buscan afanosamente a sus hembras*

también en enunciados publicitarios como los destacados por García Meseguer (1994):

*Protegemos al hombre, respetando el ambiente  
Hasta los acontecimientos más importantes de la vida, como elegir  
nuestra esposa o nuestra carrera, están determinados por influencias  
inconscientes*

o en prensa, con el artículo de Shirley MacLaine (*La Provincia*, 28-02-91) donde ella precisamente escribe:

*El futuro está sucediendo ahora mismo, aunque los hombres no lo sabemos.*

Ejemplos como los siguientes tanto en español como en inglés constituyen auténticos prototipos en este mismo sentido:

*Pérez tenía un hermano. El hermano de Pérez murió. Sin embargo, el hombre que murió nunca tuvo un hermano.*

*¿Quién era Pérez?*

*A father and his son are out driving. They have a car accident. The father is killed, and the son is rushed to hospital. As he is about to have an operation, the doctor comes in, sees the patient, and exclaims in horror: «That's my son!».*

*Who is the doctor?*

Conversación telefónica:

*«What's your name, boy?» The policeman asked ...*

*«Dr. Radford. I'm a physician ...»*

*«What's your first name, boy? ...»*

*«Rebecca»*

En el caso del español, existe una tendencia a pensar que detrás de un apellido hay siempre un varón, fenómeno que se puede observar fácilmente en otros ejemplos como el siguiente, donde se alude, al hombre por su apellido y a la mujer por su nombre de pila:

## *Monroy y Pilar son muy eficaces en el trabajo*

De hecho, en caso de utilizar el apellido con una mujer, se le suele anteponer el artículo, como en *la Caballé, la Pardo Bazán, la Narbona o la Thatcher*. Incluso llega a utilizarse el diminutivo para referirse a mujeres: *Pedro y Juanita son una pareja estupenda*. Igualmente, también se encuentran expresiones androcéntricas en casos como *En mi vagón viajaban también dos ingleses con sus mujeres* en las que la alusión a la mujer no es directa sino a través de su relación con el varón (*¿dos matrimonios ingleses?*). Otros Fenómenos de androcentrismo los encuentra García Meseguer (1994: 60) en casos como el artículo «El Volcán» de Manuel Vicent en el diario *El País* (11-12-1988), donde afirma:

*«... en este país la gente guapa zampaba, diseñaba, fornicaba, especulaba, cabalgaba el BMW, se apareaba con duquesas en un terraplén mientras por el cielo pasaban bandadas de patos con la tripa llena de dólares baratos»*

También en el artículo «Cuestión de Estilo» de Julián Marías en *ABC* (19-06-91):

*Nuestras leyes electorales eliminan el atractivo de las personas, ya que se eligen partidos y no hombres (o mujeres). Pero fundidos en la masa, con frecuencia amorfa, de los partidos, están algunos hombres que los representan y que van a ser, si queremos, nuestros representantes.*

En «La pesadilla del intelectual» de Haro Tecglen en *El País* (13-02-87):

*El IVA ha caído sobre los intelectuales como una maldición terrible y confusa [...] generalmente suelen tener a su lado sufridas y valientes compañeras que les llevan las cuentas.*

o en la canción «Libertad sin ira», famosa en los albores de la democracia española, se habla de *«gente que sólo busca su pan, su hembra, su fiesta en paz»*. También en manifestaciones como la del Arcipreste de Hita afirmando que *«El mundo se mueve por dos razones: una por sobrevivir y otra por unirse a hembra placentera»*. El Ministerio de Defensa, como apunta García Meseguer (1994: 59-60) no es ajeno tampoco a este androcentrismo, como podemos comprobar en su siguiente anuncio en prensa:

*Si este año cumples 17 años, te esperan en el Ayuntamiento. Debes inscribirte en el servicio militar.*

Si tenemos que asumir, como de hecho hacemos siguiendo la tendencia tradicionalmente dominada por el hombre de las sociedades, que este anuncio va dirigido a los varones de 17 años, del mismo modo podríamos asumir que el siguiente supuesto anuncio tendría que ir dirigido a mujeres de 17 años, aunque no es precisamente el caso:

*Si este año cumples 17 años, te esperan en el ambulatorio. Debes hacerte un reconocimiento ginecológico*

Habría que especificar a qué receptor, a qué público, va dirigido el mensaje:

*Mujer: si este año cumples 17 años, te esperan en el ambulatorio. Debes hacerte un reconocimiento ginecológico*

hecho que no resulta habitual en el caso del hombre:

*Varón: si este año cumples 17 años, te esperan en el Ayuntamiento. Debes inscribirte en el servicio militar.*

Como vemos, en uso genérico, la tendencia es la de emplear el término masculino, lo que refleja la estructura tradicionalmente dominada por el hombre de las sociedades, y por tanto de las lenguas. Este fenómeno se encuentra muy frecuentemente en español en enunciados como los que aparecen a continuación (fuente: García Meseguer 1994), en los que se puede detectar la ambigüedad sexista que conllevan:

1. *Tres inglesas heridas en accidente de coche*
2. *Tres ingleses heridos en accidente de coche*
3. *Tres ingleses varones heridos en accidente de coche*

1. *Reunión de profesores*
2. *Reunión del profesorado*
3. *Reunión del cuerpo docente*

1. *Se convoca a los alumnos*
2. *Se convoca al alumnado*
3. *Se convoca a la clase*

1. *Los médicos están descontentos*
2. *La clase médica está descontenta*
3. *El cuerpo médico está descontento*

1. *Los poetas catalanes se reúnen*
2. *Reunión de poetas de habla catalana*

1. *Miembros cualificados del partido*
2. *Militantes de élite del partido*

1. *Licenciado en económicas experimentado*
2. *Economista con experiencia*

En inglés, secuencias como:

«*the first person to finish his essay*» «*la primera persona que acabe su ensayo*»

pueden referirse genéricamente a personas de ambos sexos, a pesar del uso de *his*; sin embargo:

«*the first person to finish her essay*» «*la primera persona que acabe ensayo*»

se concibe de forma que sólo hace referencia a personas de sexo femenino (Trudgill 1983a: 29). Si bien no es nueva en absoluto (Bodine 1975), la diferenciación *he/she* ha sido un área controvertida con las reivindicaciones de que la lengua inglesa, entre otras, es intrínsecamente sexista —se ha considerado que es no sólo un reflejo sino también un reforzamiento del dominio del hombre en la sociedad— y se ha tratado de buscar diversas soluciones, principalmente con el movimiento de liberación de la mujer. Una gente se ha manifestado a favor de la forma *he or she*, en lugar del genérico *he*. Otra solución ha sido la creación del pronombre *s/he*, pero sólo funciona con el sistema pronominal sujeto y no con el de objeto. Otra solución ha sido alternar los pronombres, utilizando tanto *she* como *he* en sentido genérico. Aunque los «guardianes de la pureza y virtud de la lengua inglesa» (Andersson y Trudgill 1990: 13) la rechazan, la solución

más difundida ha sido el 'singular *they*' (*they-them-their-themself*), esto es, el uso en singular de *ellos*:

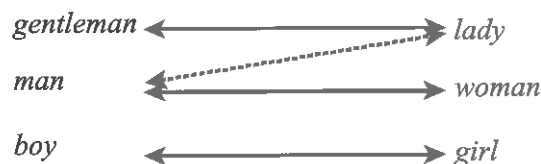
«*Everyone thinks have the answer*» «*Todo el mundo cree que tiene la solución*»  
 «*Has anybody brought camera?*» «*¿Ha traído alguien su cámara?*»  
 «*No one could have blamed for that*» «*Nadie se puede culpar por ello*»  
 «*Anyone can do it by*» «*Cualquiera puede hacerlo solo*»

## II. SEXO Y VOCABULARIO

El vocabulario también refleja la estructura tradicionalmente dominada por el hombre de las sociedades. Si bien ella no es una sociolingüista y su estudio no fue realizado mediante trabajo de campo sino más bien introspección, Lakoff (1973) estudió el lenguaje de la mujer en comparación con el del hombre. Ella afirmó que el inglés tiene una serie de pares de palabras para varones y para mujeres que, a primera vista, parecen equivalentes semánticamente:



Pero no lo son en el uso real, son duales aparentes,



puesto que las connotaciones de la palabra *lady*, por ejemplo, son muy diferentes, en inglés, a las de *gentleman*: por muchas razones *lady* es más un equivalente de *man* que de *gentleman*. De hecho muchos hablantes ingleses le dicen a sus hijos que es de muy mala educación llamar o referirse a alguien con un *woman* (Trudgill 1983a: 97): normalmente se dice:



«*Look at that man over there*»

«*Mira a ese hombre allí*»

pero no:

«*Look at that woman over there*»

«*Mira a esa mujer allí*»

como su equivalente; en su lugar, se dice:

«*Look at that lady over there*»

«*Mira a esa señora/dama allí*»

pero tampoco:

«*Look at that gentleman over there*»

«*Mira a ese señor/caballero allí*»

como su equivalente. Lakoff (1973) afirmó que esto se debía a las connotaciones negativas de la propia palabra *woman* en inglés, que han hecho que *lady* se utilice como su eufemismo. Como la principal palabra para referirse a la persona femenina que es, *woman* tiene ciertas connotaciones sexuales en una sociedad eminentemente dominada por el hombre en la que las mujeres son objetos sexuales: «quizás el que *lady* funcione como un eufemismo de *woman* se deba a que no contiene las implicaciones sexuales presentes en *woman*: así no es ‘embarazoso’» (Lakoff 1973: 61)<sup>2</sup>; la connotaciones se hacen evidentes en inglés, aunque no tan claramente en español, si comparamos los siguientes pares de oraciones:

«*She’s only thirteen, but she’s already a woman*»

«*She’s only thirteen, but she’s already a lady*»

«*After ten years in jail, Harry wanted to find a woman*»

«*After ten years in jail, Harry wanted to find a lady*»

«*She’s my woman, see, so don’t mess around with her*»

«*She’s my lady, see, so don’t mess around with her*»

---

2 La proliferación en inglés de términos peyorativos para la mujer, tales como *broad*, *doll*, *chick*, *skirt*, *dog*, *bird* o *tart*, está basada en objetos, animales y partes sexuales del cuerpo.

Y las mujeres *versus* hombres, en opinión de Lakoff, también tienen ciertas connotaciones desfavorables debido al prestigio tan bajo que éstas normalmente han gozado en la sociedad, esto es, a pesar de las leyes diseñadas para prevenir la discriminación de sexos, a las mujeres no se les ha concedido el mismo estatus social que a los hombres: a éstas se les considera responsables de la integridad de la esfera doméstica de la vida, mientras que a estos se les considera poseedores de más poder social, y por tanto participantes activos en la esfera del debate público y la toma de decisiones políticas.

Este fenómeno de los duales aparentes puede encontrarse también con enorme facilidad en la lengua española tal y como describe García Meseguer (1994: 31):

*Un hombre galante* (atento, obsequioso) frente a:

*Una mujer galante* (de costumbres licenciosas)

*Un cualquiera* (sin oficio ni beneficio) frente a:

*Una cualquiera* (mujer de mala vida)

*Un hombre desenvuelto* (de trato agradable, sin timidez) frente a:

*Una mujer desenvuelta* (coqueta)

*Un hombre honrado/honesto* (alude a su actividad en los negocios y sociedad) frente a:

*Una mujer honrada/honesta* (alude a su vida sexual)

*Un hombre público* versus *Una mujer pública*

¿Hay alguna connotación distintiva presente en estas dos oraciones sugeridas por García Meseguer (1994: 62)?:

*Es una mujer capaz de acostarse con cualquiera*

*Ese hombre es capaz de acostarse con cualquiera*

Igualmente los términos *girl* y *boy* no son equivalentes semánticamente en inglés, y también tienen diferentes connotaciones a los ojos de la sociedad:

Por supuesto *boy* se refiere a una persona joven masculina, pero mucha gente se siente molesta si se usa con alguien mayor que un adolescente, y de hecho no se emplea mucho con individuos de más de 20 años aproximadamente. Por el contrario, *girl* puede utilizarse con mujeres considerablemente mayores de esa edad, y no es inusual oír que un grupo de personas consta de, digamos, *five men and six girls*. En otras

palabras, ha sido más normal emplear el término más infantil para referirse a las mujeres que a los hombres.

*Peter Trudgill (1983a: 97-8)*

Incluso hay determinados vocablos referidos a *boy*, como *chap*, *bloke* y *guy*, que no tienen equivalentes femeninos.

El movimiento de liberación de la mujer también reivindicó que palabras como *chairman* ('director') son discriminatorias en las profesiones, puesto que, aunque en realidad se aplican para ambos sexos, al parecer están orientadas a los hombres por el hecho de que contienen un elemento masculino, a saber *-man*. En este mismo sentido, Trudgill indica lo siguiente:

Antiguamente quienes asumían el cargo de *chairman* eran exclusivamente los hombres, y obviamente la palabra, en su origen, era un compuesto de *chair* y *man*. Sin embargo muchos hablantes ingleses han dejado de considerarla como una palabra compuesta y por tanto ni piensan que consta de dos unidades —*chair* y *man*—, de la misma manera que no consideran a la palabra *cupboard* como compuesta de *cup* y *board*. (Y, por supuesto, la sílaba final de *chairman* se pronuncia *m'n* y no *man*, como la sílaba final de *woman*). Pero muchos otros la consideran como un compuesto, y algunos de ellos han querido centrar la atención en su componente, al menos manifiesto, masculino. Esto ha conducido en los últimos años a una mayor concienciación por el problema, y a un incremento del uso de términos claramente no discriminatorios como *chairperson* y, para las mujeres, *chairwoman*.

*Peter Trudgill (1983a: 96)*

Esta naturaleza discriminatoria de términos como *chairman* en las culturas tradicionalmente dominadas por el hombre está en relación con las reivindicaciones hechas por la mujer para conseguir participar de forma activa en las profesiones realmente relevantes del sistema social, tales como la esfera del debate público y la toma de decisiones políticas. Pero, ¿qué ocurre en inglés con términos como *milkman* (lechero) y *postman* (cartero)?

Lakoff también examinó otros elementos del vocabulario como los términos de tratamiento en inglés —aunque también afecta al español— *Mr.*, *Mrs.* y *Miss* (*señor*, *señora* y *señorita*), que también reflejan la estructura de las sociedades. Ella indicó que el par *Mrs/Miss* identifica el estatus civil de la mujer, esto es,

distingue a las casadas de las solteras, mientras que un contraste similar no lo tiene *Mr.* para aplicarlo al hombre:

Estado Civil	Hombres	Mujeres
Casados/-as		
Solteros/-as		

Esta distinción se considera relevante porque ciertamente es una forma popular de comunicar información acerca de la disponibilidad sexual de una mujer. Puesto que a la mujer tradicionalmente se la ha considerado como una 'propiedad del hombre'<sup>3</sup>, es crucial poder distinguir a la mujer casada de la soltera por razones de 'disponibilidad', mientras que esta información es irrelevante en el hombre, puesto que éste siempre está 'sexualmente disponible' independientemente de su estado civil<sup>4</sup> (Lakoff 1973):

En cualquier aspecto de la vida una mujer es identificada según el hombre con el que se relaciona. Normalmente con los hombres no ocurre lo mismo: estos actúan en la vida como individuos autónomos, pero las mujeres sólo son 'la mujer de John', o 'la novia de Harry'. Por tanto, cuando se conoce a una mujer en una fiesta, una táctica muy normal para iniciar la conversación podría ser '¿A qué se dedica tu marido?' En una situación similar, uno apenas oye que se le pregunte a un hombre '¿A qué se dedica tu mujer?' Para la inmensa mayoría, la pregunta parecería tautológica: 'Es mi esposa -a eso es a lo que se dedica'.

*Robin Lakoff (1973: 65)*

El movimiento de liberación de la mujer provocó la aparición del término neutro *Ms.* como el auténtico equivalente de *Mr.* A este término neutral de tratamiento se le considera como una ayuda cuando las mujeres buscan un empleo o

3 En el mundo anglo-sajón, cuando una mujer se casa pierde no sólo su apellido sino también, a veces, su nombre. Esto es, si, por ejemplo, un hombre llamado *Richard Hamilton* se casa con una mujer llamada *Jane Barnes*, ésta pasa a llamarse *Jane Hamilton* desde el día de su boda —oportunidad en la que por última vez firma con su nombre de soltera. Incluso, en los Estados Unidos, puede uno referirse a esa mujer como *Mrs. Richard Hamilton*, esto es, como *Señora Richard Hamilton*.

4 Las consecuencias de una relación de adulterio son juzgadas muy distintamente por una comunidad cuando es tenida por una mujer casada que por un hombre casado, al menos en el mundo occidental.

la admisión en una universidad. Incluso en español se ha obtenido algo similar, aunque sin tanto éxito como en el mundo anglonorteamericano: *Sr./Sra./Sta./Sa.*

### III. SEXO Y USO DE LA LENGUA

Aunque teóricamente ambos sexos pueden utilizar el mismo sistema lingüístico, hay suficientes indicios que demuestran que esto no es totalmente cierto, puesto que hay determinadas palabras en el repertorio verbal de una lengua que son exclusivas de un determinado sexo, ya del hombre o ya de la mujer. La creencia de que el lenguaje de la mujer es más educado y más refinado —esto es, más ‘propio de las damas’— está muy generalizada no desde ahora sino desde hace muchos siglos. Aunque su evidencia es puramente impresionista, Lakoff (1973) señaló que ellas hacen unas matizaciones mucho más precisas cuando hablan de colores que los hombres: según ella, palabras como *beige, acru, aquamarine, lavender, magenta, mauve*, etc., generalmente están presentes en el vocabulario activo de la mujer pero no en el de mayoría de los hombres. También hay adjetivos en inglés que son neutros, en el sentido de que son utilizados tanto por mujeres como por hombres (*great, terrific, cool, neat*, etc.), y hay otros que sólo se espera que aparezcan en el habla de la mujer pero normalmente no en el del hombre, como *adorable, charming, sweet, lovely, divine, gorgeous*, etc. (para ejemplos en castellano véase también García Mouton 2003). Además, hay palabras tabú y tacos en inglés que son, o hasta ahora lo han sido<sup>5</sup>, utilizados más frecuentemente, e incluso a modo de estereotipos, por la población masculina que por la femenina, y viceversa; Lakoff (1973) afirmó que los hombres hacen más uso de expletivos fuertes (*damn, shit, fuck*, etc.) que las mujeres (*oh dear, goodness, fudge*, etc.). También hay términos para insultar que son utilizados de modo exclusivamente despectivo para el hombre y otros para la mujer: de la misma manera que en inglés no se le dice normalmente a una mujer *She's a bastard*, tampoco se le dice a un hombre *He's a silly cow* ni *He's a hussy*, puesto que corresponden bien sólo a hombres o bien sólo a mujeres.

Lakoff (1973) también sostenía que hay modelos de entonación más propios de la mujer que del hombre y viceversa. Consideraba el uso de la entonación interrogativa en el contexto de oraciones enunciativas —esto es, el uso en oraciones enunciativas de la entonación ascendente típica de las interrogativas— como un rasgo típico del lenguaje del hablante femenino:

---

5 Puesto que las cosas están cambiando: hasta ahora era más aceptable el taco en el hombre que en la mujer, pero también es un hecho cierto el que éstas utilizan más tacos ahora que antes.

- (A): *When will dinner be ready?*      «¿Cuándo estará lista la cena?»  
 (B): *Oh ... around six o'clock ...?*      «Eh ... ¿alrededor de las seis?»

y que, según ella, demuestra la poca fuerza de la mujer en la sociedad<sup>6</sup>. En opinión de Trudgill, esta entonación ascendente en las oraciones enunciativas está relacionada con la de la pregunta *Do you see what I mean?* ('¿Ves lo que quiero decir?'), y su uso en el contexto de una enunciativa es simplemente para implicar dicha pregunta, más que para evidenciar debilidad. Otro rasgo que, en opinión de Lakoff, también es un indicador de falta de poder y típico del lenguaje de la mujer es el uso de las tag-questions del inglés, que reducen el grado de aseveración en ciertos contextos. Si comparamos las dos oraciones siguientes:

- (A) *The crisis in the Middle East is terrible.*      «La crisis de Medio Oriente es terrible.»  
 (B) *The crisis in the Middle East is terrible, isn't it?*      «La crisis de Medio Oriente es terrible, ¿verdad?»

Según Lakoff, las mujeres emplean oraciones del tipo (B) más frecuentemente que los hombres, de quienes se supone que utilizan (A). El hecho de que la población femenina haga más uso que los hombres de las tag-questions en las situaciones conversacionales revela inseguridad, duda, incertidumbre, e inspira rechazo en el oyente: dichas preguntas implican elusión de compromisos, haciendo que el hablante «dé la impresión de no estar seguro de sí mismo, de estar buscando en el interlocutor una confirmación, e incluso de no tener criterios propios» (Lakoff 1973: 55). Sobre el uso de la entonación interrogativa en las oraciones enunciativas y en las tag-questions, Lakoff afirmaba también lo siguiente: «estos modelos de habla se emplean para reflejar algo real sobre el carácter y desempeñan su papel a la hora de no tomar en serio a una mujer o de confiarles responsabilidades importantes, puesto que 'ellas no saben organizar su mente', y 'no están seguras de sí mismas'» (Lakoff 1973: 56). Como indicamos antes, las observaciones de Lakoff han sido criticadas en la literatura sociolingüística porque no estaban basadas en un estudio formal, a saber, una investigación empírica, sino en sus propias intuiciones sobre el lenguaje utilizado en su propia comunidad de habla. Numerosos estudios empíricos posteriores

6 «... si se pregunta '¿A qué hora salimos de viaje mañana?', parecería natural esperar que un hombre respondiera con algo como 'A las 7:30 y quiero que todos estén listos'. En opinión de Lakoff, las mujeres tenderían a responder 'A las seis, y sería conveniente que todos estén aquí', y muy pocos hombres dirían '¿A las 7:30?'» (Fasold 1990: 104).

no han conseguido corroborar sus afirmaciones<sup>7</sup>: ni es cierto que las tag-questions siempre funcionen como indicadores de duda o certeza, ni tampoco es cierto que el uso de la entonación interrogativa en las oraciones enunciativas sea más característico de los hablantes femeninos que de los masculinos.

Preisler (1986) llevó a cabo probablemente el estudio más completo y detallado sobre el uso de indicadores de indecisión en la mujer y en el hombre. Preisler sugirió que era necesario tener en cuenta el contexto lingüístico en el que ocurren los rasgos de indecisión, y de hecho eso es lo que él examinó: analizó el habla de 48 hablantes de Lancaster, en el noroeste de Inglaterra, teniendo en cuenta la edad y el estatus socioeconómico. Preisler configuró situaciones conversacionales con grupos de cuatro informantes (2 masculinos y 2 femeninos; 1 masculino y 3 femeninos; y 3 masculinos y 1 femenino) de la misma edad y estatus profesional, proporcionando a los grupos temas de conversación sobre los que discutir y, a ser posible, coincidir. Observó quién era la persona dominante en cada grupo —introduciendo temas nuevos, tomando una línea determinada de razonamiento, haciendo sugerencias, empleando más oraciones imperativas y menos interrogativas, etc.— y comprobó que esos hablantes que eran los dominantes hacían menos uso de indicadores de indecisión —tag-questions, uso de verbos modales, y otros marcadores como *maybe*, *perhaps*, *certainly*, etc. (*puede*, *quizás*, *ciertamente*, etc. respectivamente)— que los dominados, quienes, en general, eran del sexo femenino; y éstas no sólo tendían a hacer uso de indicadores de indecisión más a menudo que los hombres en grupos mixtos, sino que también en los de sexo único. Preisler explicó estos resultados sugiriendo que la mujer y el hombre han desarrollado determinados «modelos de habla específicos para cada sexo» (Preisler 1986: 288): como los usos en grupos del mismo sexo no difieren de los en grupos mixtos, estos no pueden depender de la sumisión de la mujer al dominio del hombre como tal sino que más bien dependen del reflejo, probablemente institucionalizado, de la «histórica inseguridad social» de la mujer.

Otra observación interesante en la interacción hombre-mujer ha sido el estudio de las interrupciones. Zimmerman y West (1975), por ejemplo, consiguieron medir modelos de toma de turno, pausas, e interrupciones en conversaciones entre hombres y mujeres, y comprobaron que, mientras que los hablantes femeninos son más cooperadores, los masculinos son más competitivos: en la inmensa mayoría de los casos, el hombre interrumpía más que la mujer en las interacciones conversacionales.

---

7 Cf. Dubois y Crouch (1975 y 1979), Edelsky (1979), Baumann (1979), etc.

Además, puesto que parece ser algo común a todas las culturas el hecho de diferenciar el papel de la mujer y el del hombre, es razonable asumir que, cuando los niños aprenden a hablar, una de las cosas que adquieren es el rol cultural que se les asigna según su sexo: chicos y chicas aprenden durante su juventud a identificarse con un grupo u otro, y demuestran su militancia en el grupo no sólo con el uso de un comportamiento social apropiado a su sexo sino también *lingüístico*<sup>8</sup>. De este modo, las diferencias de sexo también pueden encontrarse en el habla de los niños, como ha sido demostrado con diferentes estudios<sup>9</sup>. Sachs, Lieberman y Erickson (1973) observaron que, aunque los chicos y chicas preadolescentes tienen la misma variación de tono ('pitch range') en términos de dimensiones físicas, forma, etc. (*componente fisiológico*) hasta que sus voces cambian durante la adolescencia, estos son muy sensibles ante el hecho de que sus padres hablan con una voz de tono más bajo que sus madres y permanentemente intentan adoptar el nivel de tono apropiado a su modelo de género. Es decir, los niños aprenden a ajustar el espacio efectivo de su región bucal adoptando las posturas musculares apropiadas a su género, i.e., la *configuración articularia del componente aprendido*: los chicos tratan de usar la parte más baja de la escala de tonos de que disponen (cualidad tonal más parecida a la de los hombres), y las chicas la parte más alta (cualidad tonal más parecida a la de las mujeres).

#### IV. SEXO, DIALECTO Y ACENTE

Trudgill (1983b: Cap. 9) distingue entre diferencias de *uso de la lengua* en el habla masculina versus femenina, que son las vistas en el apartado anterior —uso de determinadas partículas de duda, determinados mecanismos sintácticos, como la elipsis y las tag-questions, y determinadas estrategias comunicativas en la conversación— y diferencias *dialectales* y *acentuales* en el habla masculina versus femenina, que son las que se van a examinar en la presente sección: el uso de formas lingüísticas prestigiosas/no-prestigiosas. Esto es, mientras que mediante el nivel de *uso de la lengua*, la mujer y el hombre pueden estar tratando de conseguir cosas diferentes, por el contrario, mediante las variantes *dialectales* y *acentuales* están haciendo uso de formas socialmente diferentes pero lingüísticamente equivalentes de decir lo mismo. Desde las

8 Los psicólogos sociales llaman a este proceso de cómo aprender a ser un chico 'auténtico' o una chica 'auténtica' la *adquisición de identidad de género*, o *acquisition of gender identity*.

9 Véanse Clarke-Stewart (1973), Nelson (1973), Sachs, Lieberman y Erickson (1973), Macoby y Jacklin (1974), Perkins (1983), etc.



dos últimas décadas pasadas, una serie de estudios sociolingüísticos del tipo laboviano<sup>10</sup>, investigaciones de lingüística secular, han mostrado la forma que toma la diferenciación de sexo en las comunidades lingüísticas de complejas sociedades urbanizadas occidentales, y han demostrado y coincidido en el hecho de que «en iguales condiciones, las mujeres tienden, por término medio, a emplear más variantes de mayor estatus social que los hombres» (Chambers y Trudgill 1980: 72). En el estudio sociolingüístico llevado a cabo por Trudgill en la ciudad británica de Norwich, el análisis de la variable (ng) ofreció los siguientes resultados:

ÍNDICE (ng) POR Y EN NORWICH					
Clase	Sexo	Estilo			
		ELP	ELT	EF	EC
CMM	Hombre	000	000	004	031
		000	000	000	000
CMB	Hombre	000	020	027	017
		000	000	003	067
COA	Hombre	000	018	081	095
		011	013	068	077
COM	Hombre	024	043	091	097
		020	046	081	088
COB	Hombre	066	100	100	100
		017	054	097	100

En Norwich, en diecisiete casos de veinte, los resultados de los varones (h) son mayores o iguales que los correspondientes a las mujeres (m): el uso de la variante [n] no RP es mucho más frecuente en el habla de los hablantes varones y en el de la clase obrera en general. ¿A qué se debe esto? ¿Cómo podemos explicar esto? Este fenómeno, el hecho de que el habla de la mujer sea 'mejor' que el del hombre, ha dado lugar a toda una serie de explicaciones diferentes durante los últimos veinte años. Trudgill (1983b: Cap. 9) destaca siete de ellas:

10 Véanse Labov (1966), Levine y Crockett (1966), Shuy, Wolfram y Riley (1967), Fasold (1968), Wolfram (1969), Sankoff y Cedergren (1971), Trudgill (1971 y 1972), Romaine (1978), Milroy (1980), o Cheshire (1978, 1982).

1) Spender (1980), quien no es en absoluto una lingüista, sugirió que el fenómeno de diferenciación de sexo *no existe* y que por tanto no necesita explicarse; de modo escéptico, indicó que no le convencían las afirmaciones de los investigadores de hechas sobre el tema: «podría ser posible que la mujer hablara 'mejor' que el hombre [...] pero por el momento las evidencias de que disponemos no son convincentes». Sin embargo según Trudgill (1983b: 162), los datos obtenidos en los estudios sociolingüísticos son «total y abrumadoramente convincentes»:

Es el descubrimiento más coherente surgido de los estudios sociolingüísticos durante los últimos 20 años. Este fenómeno puede resultarle a alguna gente embarazoso e indeseable, pero no cabe duda de que es cierto.

2) Basados en la *teoría de la acomodación* de Giles (Giles 1973 y Giles y Smith 1979), otros, como Smith (1979), sugirieron que este fenómeno se debía al hecho de que los investigadores de los estudios sociolingüísticos eran hombres; de este modo, mientras que los informantes de sexo masculino están más relajados o más dispuestos a acomodarse en una situación del mismo sexo, produciendo, por tanto, un habla más casual, por el contrario, los informantes de sexo femenino ante un entrevistador masculino no sienten la misma relajación, y por tanto producen un habla menos casual. Ese no es, según Trudgill (1983b: 162), el caso aquí, puesto que estudios llevados a cabo por investigadoras, como Romaine (1978), Milroy (1980), o Cheshire (1982), dieron exactamente los mismos resultados que los realizados por investigadores.

3) Esta explicación está relacionada con la noción de *propiedad*: del mismo modo que, en nuestra cultura, sería inapropiado que los hombres vistieran falda y las mujeres traje a rayas de tres piezas, también puede considerarse inapropiado que éstas blasfemen más o que utilicen lenguaje indecente. En cualquier caso, como las nociones de *propiedad* cambian con el tiempo, Trudgill no considera este factor como una explicación sólida.

4) Otro intento de explicar este fenómeno ha sido la equiparación de diferencias en el *uso de la lengua* con diferencias *dialectales* y *acentuales*, lo que Trudgill (1983b: 164) considera un error. Autores como Brown (1980) y Spender (1980) trataron de interpretar los descubrimientos de las investigaciones sociolingüísticas sobre los *acentos* y *dialectos* como un indicio de que la mujer exhibe una mayor *finura* lingüística, que se relaciona más con las diferencias en el *uso de la lengua*, y un habla más prestigiosa que el hombre por respeto y

por subordinación. Según Trudgill, una cosa es el inglés estándar, la variedad 'prestigiosa', y otra es la *cortesía*:

... puede afirmarse muy fácilmente que equiparar el uso de variantes lingüísticas más estándares, 'correctas', con 'cortesía' es confundir más el problema. En unos casos, es cierto, hablar de forma más estándar, más formal o más prestigiosa puede ser para indicar cortesía. Pero en otros casos puede ser todo lo contrario. Es perfectamente posible hacer uso de pronunciaciones de alto estatus y formas gramaticales estándares junto con un vocabulario descortés y con otras muestras de distanciamiento y dominio. (De hecho, la noción de 'divergencia acentual' de Giles (1973) se refiere precisamente a este tipo de fenómeno: para ser descortés con un interlocutor que habla una variedad menos estándar, un hablante puede hacer uso de más formas lingüísticas estándares que de lo normal).

*Peter Trudgill (1983b: 165)*

5) Otros intentos por ofrecer explicaciones a la diferenciación lingüística de sexo han sido el estudio de los *sistemas de redes sociales*. Milroy (1980) demostró que el tipo de red social en que participan los hablantes y su grado de participación pueden influir significativamente en su comportamiento lingüístico: si los hombres y mujeres de determinadas comunidades participan en diferentes tipos de redes, también mostrarán distintos tipos de comportamiento lingüístico. En Belfast, en el área de Ballymacarret, socialmente estable (con sus lazos de redes completamente conservados), había una diferenciación estilística y de sexo clara y regular, con la población femenina joven empleando más rasgos estándares y prestigiosos; en The Hammer, con una redes sociales menos densas, la variación por sexo era menos significativa; sin embargo en the Clonard, con las mujeres constituyendo una red homogénea, la diferenciación de sexo era el caso completamente opuesto al de Ballymacarret y la población femenina joven hacía uso de rasgos menos prestigiosos.

6) Otra serie de explicaciones dadas a la diferenciación lingüística de sexo se basan en los descubrimientos de sociólogos (véase Martin 1954). Todos coinciden en que la mujer, en términos generales, es más consciente del estatus que el hombre, y por tanto es también más consciente del significado social de las variables lingüísticas. Trudgill (1983b: 167-8) enumera las tres razones dadas sobre esta mayor conciencia social y lingüística de la mujer:

- (a) La mujer está más estrechamente implicada en el cuidado de los niños y en la transmisión de la cultura, y por tanto es más consciente de la importancia, para estos, de la adquisición de normas (de prestigio).
- (b) La posición social de la mujer en nuestra sociedad tradicionalmente ha sido menos estable que la del hombre. Puede, por tanto, que ésta haya necesitado afianzar y expresar su estatus social por medios lingüísticos, entre otros, y por ello puede que haya sido más consciente de la importancia de esta forma de mostrarlo.
- (c) En nuestra sociedad el hombre tradicionalmente ha sido evaluado por su profesión, su poder adquisitivo, y quizás por sus otras habilidades —en otras palabras, por lo que *hace*. Sin embargo hasta muy recientemente, esto ha sido mucho más difícil para la mujer, y, de hecho, ésta sigue estando discriminada en muchas profesiones. Por tanto, puede que en su lugar hayan tenido que ser evaluadas, en un grado mayor que al hombre, por cómo *aparecen*. Puesto que no han sido evaluadas como se ha hecho con el hombre, por su actividad o por su éxito profesional, otras muestras de estatus, incluida el habla, han sido igualmente más importantes.

7) Una última explicación tiene que ver con las afirmaciones de que el habla de la clase obrera parece tener connotaciones de masculinidad. La investigación de Trudgill (1972) en Norwich reveló no sólo modelos típicos de variación estilística y de clase sino también modelos de género, puesto que cuando comparó el uso que había observado que los informantes realmente hacían con el que ellos 'afirmaban' que decían cuando les preguntaba directamente, descubrió una sorprendente diferencia por sexo: en general los informantes femeninos habían autoevaluado su uso de variantes socialmente favorecidas muy por encima de lo realmente cierto y mucho más frecuentemente que los varones, quienes, sin embargo habían autoevaluado su uso de variantes socialmente favorecidas muy por debajo de lo realmente cierto y mucho menos frecuentemente que aquellas. Este *prestigio encubierto* presente en los hablantes masculinos de clase obrera está muy estrechamente relacionado con las connotaciones de masculinidad de esta clase obrera entre sus hablantes:

... el habla de la CO, al igual que otros aspectos de su cultura, parece tener, al menos en algunas sociedades occidentales, connotaciones de masculinidad [...], probablemente porque se le asocia con la tosquedad

y dureza supuestamente características de la vida de la CO, a las que a menudo se les considera, a modo de estereotipos y hasta cierto punto, como atributos masculinos deseables. No se consideran, sin embargo características deseables para el sexo femenino, para el que, por el contrario, se prefieren rasgos tales como finura y sofisticación.

*Peter Trudgill (1972: 183)*

## CONCLUSIÓN

La solución al fenómeno del sexismo en la lengua reside, como Andersson y Trudgill (1990: 31) afirman, en la enfermedad social, esto es, en el dominio del hombre y la discriminación sexual, y no en el sistema lingüístico. Efectivamente, los lenguajes racistas y sexistas son ciertamente indeseables. Hay que indicar, sin embargo, que en estos casos la lengua es un síntoma, no una enfermedad. Es la tradicional cultura patriarcal la que condiciona este tipo de comportamiento y actitud social que de igual modo se refleja en el lingüístico: «el sexismo no radica en la lengua sino en la mentalidad, consciente o inconsciente, del hablante y del oyente, fruto de la mentalidad social en que el uno, el otro, o ambos, se desenvuelven [...] Hay sexismo lingüístico en el hablante cuando éste utiliza expresiones que, debido a su forma y no a su contenido, resultan discriminatorias por razón de sexo. Hay sexismo en el oyente cuando éste no percibe el sexismo del hablante, o cuando interpreta de forma sexista expresiones que no son sexistas» (García Meseguer 1994: 242).

Abolir el lenguaje racista no necesariamente implicará la eliminación del pensamiento racista, y fomentar el lenguaje no sexista no conducirá en sí a la igualdad de sexos, aunque pensamos que prestando atención al lenguaje sexista puede ser muy eficaz. Prestar atención a los síntomas puede hacer que la gente se concencie más de la enfermedad y se incline más por tomar medidas para combatirla (Andersson y Trudgill 1990: 31).

De hecho, todas las investigaciones realizadas por distintos sociolingüistas están destinadas a contribuir a la eliminación de la desigualdad sexual y la discriminación lingüística y social. Como apunta Cheshire (1984: 46), «la principal aplicación del trabajo acerca de la relación entre el lenguaje y el sexo ha sido, por supuesto, los intentos por cambiar nuestro uso del lenguaje discriminatorio, con el fin de eliminar la desigualdad sexual de la sociedad. También tiene más aplicaciones [...] nos ayuda a comprender la forma en que el lenguaje refleja y mantiene las divisiones sociales, y la forma en que nuestro pensamiento a menudo es modelado inconscientemente por nuestra lengua. La compren-

sión de esto ayudará a eliminar no sólo la desigualdad sexual, sino incluso la desigualdad en todas las áreas de la vida social». El hecho de que los investigadores trabajando dentro del campo de la Sociolingüística pongan de manifiesto estas relaciones existentes entre el lenguaje y el sexo no significa, como, por el contrario, otra gente piensa, que las potencien:

«El hecho de que yo haya escrito esto debería, una vez más, interpretarse como un honrado reportaje de cómo considero que es la realidad en lo que concierne a la evaluación tradicional de nuestra sociedad y a la provisión de empleo para la mujer. Esto no significa que yo apruebe la discriminación profesional de la mujer, y por supuesto tampoco 'que Trudgill no toma en consideración el trabajo de la mujer y ni lo valora' (Spender 1980). Uno no debería, como sin embargo Spender sí hace, culpar al mensajero por traer malas noticias, por mucho que éstas le disgusten»

*Peter Trudgill (1983b: 168)*

## REFERENCIAS

- AEBISCHER, V. y FOREL, C. (eds) (1983) *Parlers Masculins, Parlers Feminins*, Switzerland: Delachaux y Niestle.
- ANDERSSON, L. y TRUDGILL, P.J. (1990) *Bad Language*. Oxford: Basil Blackwell.
- BAUGH, J. y SHERZER, J. (eds) (1984) *Language in Use: Readings in Sociolinguistics*, Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall.
- BAUMANN, M. (1979) «Two Features of "Women's Speech"», en DUBOIS y CROUCH (1979).
- BENGOECHEA, M., y CALERO VAQUERA, M.<sup>a</sup> L. (2003) *Guía de estilo 2: Sexismo y redacción periodística*. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- BODINE, A. (1975) «Androcentrism in Prescriptive Grammar: Singular 'they', sex-indefinite 'he', and 'he or she'», en *Language in Society*, vol. 4, 1975, pp. 129-46.
- BROWN, P. (1980) «How and Why Women are More Polite: Some evidence from a Mayan Community», en McCONNELL-GINET, BORKER y FURMAN (eds) (1980), pp. 111-136.
- CALERO VAQUERA, M.<sup>a</sup> L., LLITERAS PONCEL, M. y SASTRE RUANO, M.<sup>a</sup> Á. (2003) *Guía de estilo 1. Lengua y discurso sexista*. Valladolid: Junta de Castilla y León.

- CAMERON, D. (1985) *Feminism and Linguistic Theory*. New York: St Martin's Press.
- CAMERON, D. (1995) *Verbal Hygiene*. London: Routledge.
- CHAMBERS, J.K. y TRUDGILL, P.J. (1980) *Dialectology*. Cambridge: C.U.P.
- CHESHIRE, J. (1978) «Present Tense Verbs in Reading English», en TRUDGILL (ed) (1978b), pp. 52-68.
- CHESHIRE, J. (1982) *Variation in an English Dialect: A Sociolinguistic Study*. Cambridge: CUP.
- JENNY CHESHIRE (1984) «The Relationship between Language and Sex in English», en TRUDGILL (ed) (1984) *Applied Sociolinguistics*. London: Academic Press.
- CLARKE-STEWART, K.A. (1973) «Interactions between Mothers and their Young Children: Characteristics and Consequences», en *Monographs of the Society for Research in Child Development*, vol. 38(153), 1973, pp. 1-109.
- COATES, J. (1986) *Women, Men and Language*. New York: Longman.
- COATES, J. (1996) *Women Talk: Conversation between Women Friends*. Oxford: Basil Blackwell.
- COATES, J. (ed.) (1997) *Language and Gender: A Reader*. Oxford: Basil Blackwell.
- COATES, J. y CAMERON, D. (eds) (1988) *Women in their Speech Communities*. New York: Longman.
- DUBOIS, B.L. y CROUCH, I. (1975) «The Question of Tag Questions in Women's Speech: They don't really use more of them, do they?», en *Language in Society*, vol. 4, 1975, pp. 289-94.
- DUBOIS, B.L. y CROUCH, I. (eds) (1979) *The Sociology of the Languages of American Women*. Papers in Southwest English IV, San Antonio: Trinity University.
- EDELSKY, C. (1979) «Question Intonation and Sex Roles», en *Language in Society*, vol. 8, 1979, pp. 15-32.
- FASOLD, R. (1968) «A Sociolinguistic Study of the Pronunciation of Three Vowels in Detroit Speech». Unpublished Mimeo: Center for Applied Linguistics.
- FASOLD, R. (1990) *Sociolinguistics of Language* (Language in Society Series). Oxford: Basil Blackwell.
- GARCÍA MESEGUER, A. (1994) *¿Es Sexista la Lengua Española? Una investigación sobre el Género Gramatical*. Madrid: Editorial Paidós.
- GARCÍA MOUTON, P. (1991) *Cómo Hablan las Mujeres*. Madrid: Arco Libros.

- GARCÍA MOUTON, P. (2003) *Así Hablan las Mujeres*. Madrid: Esfera de los Libros.
- GILES, H. (1973) «Accent mobility: A Model and Some Data», en *Anthropological Linguistics*, vol. 15, pp. 87-105.
- GILES, H. y SMITH, P. (1979) «Accommodation theory: Optimal Levels of Convergence», en H. GILES y R. St. CLAIR (eds) (1979).
- GILES, H. y St. CLAIR, R. (eds) (1979) *Language and Social Psychology* (Language in Society Series). Oxford: Basil Blackwell.
- GLASS, D.V. (ed) (1954) *Social Mobility in Britain*. London: Routledge y Kegan Paul.
- GOLDBERG, P.J.P. (ed.) (1992). *Woman is a Worthy Wight: Women in English Society. C. 1200-1500*. Wolfeboro Falls, NH: Alan Sutton Publishing Inc.
- GRADDOL, D. y SWANN, J. (1989) *Gender Voices*. Oxford: Basil Blackwell.
- HELLINGER, M. y BUBMANN, H. (eds.) (2003) *Gender Across Languages*. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins.
- JOHNSON, S. y MEINHOF, U.H. (eds.) (1997). *Language and Masculinity*. Oxford: Blackwell.
- LABOV, W. (1966) *The Social Stratification of English in New York City*. Washington, D.C.: Center for Applied Linguistics.
- LABOV, W. (1972) *Sociolinguistic Patterns*. Oxford: Blackwell.
- LAKOFF, R. (1973) «Language and Woman's Place», en *Language in Society*, vol. 2, 1973, pp. 45-80.
- LEVINE, L. y CROCKETT, H.J. (1966) «Speech Variation in a Piedmont Community: Postvocalic r», en LIEBERSON (ed) (1966).
- LIEBERSON, S. (ed) (1966) *Explorations in Sociolinguistics*. The Hague: Mouton.
- LÓPEZ GARCÍA, A. y MORANT, R. (1991) *Gramática Femenina*. Madrid: Cátedra.
- LÓPEZ VALERO, A. y MADRID IZQUIERDO, J.M. (1998) *Lenguaje, Sexismo, Ideología y Educación*. Murcia: Editorial KR.
- LOZANO DOMINGO, I. (1995) *Lenguaje Femenino, Lenguaje Masculino: ¿Condiciona nuestro Sexo la Forma de Hablar?* Madrid: Minerva Ediciones.
- MACCOBY, E.E. y JACKLIN, C.N. (1974) *The Psychology of Sex Differences*. Stanford: Stanford University Press.
- MARTIN, F.M. (1954) «Some Subjective Aspects of Social Stratification», en GLASS (ed) (1954).
- McCONNELL-GINET, S., BORKER, R. y FURMAN, N. (eds) (1980) *Women and Language in Literature and Society*. New York: Praeger.



- MILROY, L. (1980) *Language and Social Networks* (Language in Society Series). Oxford: Basil Blackwell (2nd Edition 1989).
- NELSON, K. (1973) «Structure and Strategy in Learning to Talk», en *Monographs of the Society for Research in Child Development*, vol. 38(149), 1973, pp. 1-138.
- PAUWELS, A.F. (Ed)(1998) *Women Changing Language*. London: Addison Wesley Longman.
- PERKINS, M. (1983) *Modal Expressions in English*. London: Frances Pinter.
- PHILIPS, S.U., STEELE, S. y TANZ, C. (eds) (1987) *Language, Gender y Sex in Comparative Perspective*. Cambridge: C.U.P.
- PREISLER, B. (1986) *Linguistic Sex Roles in Conversation: Social Variation in the Expression of Tentativeness in English*. Berlin: Mouton de Gruyter.
- ROMAINE, S. (1978) «Postvocalic /r/ in Scottish English: Sound Change in Progress?», en TRUDGILL (ed)(1978), pp. 144-157.
- SACHS, J., LIEBERMAN, P. y ERICKSON, D. (1973) «Anatomical and Cultural Determinants of Male and Female Speech», en SHUY y FASOLD (eds) (1973), pp. 74-84.
- SANKOFF, G. y CEDERGREN, H. (1971) «Les Contraintes Linguistiques et Sociales de l'élision du l chez les Montréalais», en BOUDREAULT y MOEHREN (eds) *Actes du XIIIe Congrès Internationale de Linguistique et de Phonologie Romanes*. Laval University Press.
- SCHERER, K. y GILES, H. (eds) (1979) *Social Markers in Speech*. Cambridge: C.U.P.
- SHUY, R., WOLFRAM, W. y RILEY, W.K. (1967) *Linguistic Correlates of Social Stratification in Detroit Speech*. Cooperative Research Project 6-1347. East Lansing: US Office of Education.
- SHUY, R. y FASOLD, R. (eds) (1973) *Language Attitudes: Current Trends and Prospects*. Washington, DC: Georgetown University Press.
- SMITH, P.M. (1979) «Sex Markers in Speech», en SCHERER y GILES (eds) (1979), pp. 109-146.
- SMITH, P.M. (1985) *Language, the Sexes and Society* (Language in Society Series). Oxford: Blackwell.
- SPENDER, D. (1980) *Man Made Language*. London: Routledge y Kegan Paul.
- SWANN, J. (1992) *Girls, Boys y Language*. Oxford: Blackwell.
- TANNEN, D. (ed.)(1993) *Gender and Conversational Interaction*. Oxford: O.U.P.
- THORNE, B. y HENLEY, N. (eds) (1975) *Language and Sex: Difference and Dominance*, Massachusetts: Newbury House.

- TRUDGILL, P.J. (1971) *The Social Differentiation of English in Norwich*.  
Edinburgh: University of Edinburgh (Unpublished Ph.D. Thesis).  
Posteriormente publicado por Cambridge University Press en 1974).
- TRUDGILL, P.J. (1972) «Sex, Covert Prestige and Linguistic Change in the  
Urban British English of Norwich», en *Language in Society*, Vol. 1, 1972,  
pp. 179-195. También en THORNE y HENLEY (eds) (1975), pp. 88-104;  
en AEBISCHER y FOREL (eds) (1983); en BAUGH y SHERZER (eds)  
(1984); una versión revisada aparece en TRUDGILL (1983b), pp. 169-186.
- TRUDGILL, P.J. (ed) (1978) *Sociolinguistic Patterns in British English*.  
London: Edward Arnold.
- TRUDGILL, P.J. (1983a) *Sociolinguistics: An Introduction to Language and  
Society*. London: Penguin (Revised Edition; 1974 First Edition).
- TRUDGILL, P.J. (1983b) *On Dialect: Social and Geographical Perspectives*.  
Oxford: Blackwell.
- TRUDGILL, P.J. (1985d) «Editor's Preface», en SMITH (1985).
- VETTERLING-BRAGGIN, M. (ed) (1981) *Sexist Language*. Littlefield,  
Adams y Co.
- WOLFRAM, W.A. (1969) *A Sociolinguistic Description of Detroit Negro  
Speech*. Washington, D.C.: Center for Applied Linguistics.
- ZIMMERMAN, D.H. y WEST, C. (1975) «Sex Roles, Interruptions and  
Silences in Conversation», en THORNE y HENLEY (eds) (1975), pp. 105-  
129.